

NUESTRA SEÑORA DEL MONTE DE S. SALVADOR, DE LA VILLA DE FELANITZ.

Romance religioso premiado con la tercera Mencion honorífica en el certámen celebrado por la redaccion de LA ILUSTRACION POPULAR ECONOMICA, en Febrero de 1871.

La mística lira.

INTRODUCCION.

Hoy este mísero vate
de María Virgen santa
quiere cantar las grandezas,
sus grandezas que son tantas;
grandezas que allí mostró
de mi villa en la montaña;
grandezas que al alma pura
estasiañ y arrebatan.
Hoy quisiera yo, María,
que mi voz se levantara
robusta, suave, melosa
y digna de lo que canta.
Hoy quisiera que la voz,
que de mi pecho se exhala,
á miles otros de pechos
grande amor comunicara
hácia Tí, que mil finezas
haces gustar al que te ama;
hácia Tí, que eres la madre
del que su amor te consagra.
Hoy quisiera con mi voz
encender en viva llama
los helados corazones,
aquellas almas heladas
que de Tí jamás se acuerdan,
que santo amor no embalsama.
Pero si mi pobre cítara
no es digna de lo que canta;
si mis versos, como suelen,
por esta tierra se arrastran,
y no saben publicar,

cual deben, tus glorias altas;
si mi voz salir no puede,
y se pierde en la garganta,
embargada por la gloria
que publicar intentara,
acude Tú á mi socorro,
y ayúdame, Virgen santa:
Tú, tipo de poesía
la mas bella y acabada;
Tú, que de mi inspiracion
eres la fuente mas grata;
Tú, que sabes conmover
tan dulcemente mi alma.
Templa tambien de mi lira
las cuerdas ya destempladas;
si las templas, esa lira,
que hasta hoy solo lanzara
áridas y agudas notas,
voces discordantes y ásperas,
veré cómo cambia el tono,
y otras melodías saca;
y encontrando sus clamores
un eco en las puras almas,
veré como todas ellas
conmigo tus glorias cantan.
Ayúdame, y tus loores
cantaré con alabanzas:
ayúdame, y ese canto,
que mi corazon exhala,
¡ojalá fuese otra rosa
digna de ser colocada
en la corona que ciñe
tu frente pura y sin mancha!
Y busca tú, lira mia,



tus mas esquisitas galas:
 busca flores que te adornen,
 y hagan tu presencia grata;
 y luego melifluos cantos
 con tus cuerdas ya templadas
 esparce, que en leves ondas
 subirán á la morada
 de la Reina á quien dedicas
 los acentos que levantas;
 y esas ondas, cual incienso
 que ondulante se derrama,
 serán gratas á la Vírgen,
 y atraerán muchas gracias.

I.

Es Felanitz una villa
 en Mallorca recostada:
 ¡feliz villa, que tal perla
 recogiste en la montaña!
 ¡villa mil veces feliz,
 que la misma Vírgen guarda!

De Felanitz en un monte,
 á una legua de distancia,
 un antiguo monasterio
 con magestad se levanta.
 Monumento que elevaron
 generaciones pasadas
 á la imagen de María
 que un pastorcito encontrara.
 En otro tiempo los monges
 celoso culto prestaban
 á la Vírgen, despreciando
 del mundo las glorias vanas.
 Mas el tiempo en sus revueltas
 apartó de su morada
 á esos fervorosos monges,
 que su vida consagraban
 á la Santísima Vírgen,
 embeleso de sus almas.
 Y ora que los buenos monges
 ya no pueden alabarla,
 con amor grande los fieles
 frecuentan siempre su casa;
 y sumisos y devotos
 ofrecen tiernas plegarias
 á esta imagen prodigiosa
 de María Inmaculada,

que siempre en sus almas deja
 mil bendiciones y gracias;
 á esta imagen celestial
 por un milagro encontrada,
 que es la guarda de la villa
 que á su sombra se levanta;
 que es su honor, toda su gloria:
 y pues quiero yo cantarla
 en su hallazgo y sus favores,
 préstame ¡oh musa! tus galas.

En aquellos otros tiempos
 cuando el dominio acababa
 del moro, que audaz tenia
 oprimida nuestra patria;
 en una apacible noche
 llevaba un pastor sus cabras
 por la cima de aquel monte
 á pacer la tierna grama:
 la luna el monte cubria
 con manto de luz plateada;
 dulces soplaban apenas
 las mas solazantes auras;
 el ambiente delicioso
 y perfumado se hallaba,
 adurmiéndose natura
 con tan poética calma
 á la luz de las estrellas
 que trémulas fulguraban.
 «¡Qué noche tan deliciosa!»
 el buen pastorcillo esclama:
 «un placer intenso, puro,
 éxtasis toda el alma:
 mis reses tal vez lo sienten,
 pues alegres todas saltan:
 ¡qué contento! qué embeleso!»
 el pastor así esclamaba.
 Y mientras que se éxtasis
 con tal placer su pura alma,
 unos coros celestiales
 por el aire se derraman;
 y aspira ricos perfumes
 de suavísima fragancia.
 Se vuelve, y queda asombrado:
 de una peña muy cercana,
 de donde el concierto sale,
 sale tambien una llama
 de resplandor azulado;
 sale vibrando tan clara,

que de allí las sombras quita
 cual las quita la alborada.
 «¡Qué prodigio! qué milagro!»
 el sencillo pastor clama:
 y enagenado y confuso
 no sabe lo que le pasa.
 Mas prosigue la armonía,
 aquella luz se dilata,
 y luego siente en su pecho
 un impulso que le arrastra
 hácia el lugar de do salen
 aquellas voces tan gratas,
 Llega á la gruta, se asoma,
 y en su fondo recostada
 una imágen de María
 á sus ojos se mostraba.
 De su bello rostro sale
 aquella límpida llama;
 mas no sabe por do vienen
 los cánticos de alabanza,
 que al son de celestes liras
 los coros de ángeles cantan.
 El pastor arrodillado
 tambien la Virgen ensalza:
 luego corre presuroso
 olvidando ya sus cabras,
 á propagar en la villa
 esta dicha inesperada.

II.

Es tan grande el resplandor
 que despide la montaña,
 que las gentes de la villa
 abandonando sus casas,
 hácia el monte se dirigen
 para saber lo que pasa.
 Les halla el pastor, y á todos
 alegría con sus palabras,
 dándoles parte de aquella
 feliz nueva que le pasma:
 y van todos á adorar
 á la imágen encontrada.
 Postrados al rededor
 de la cueva solitaria
 muy humildes la veneran;
 veneran la imágen santa,
 ofreciéndole los himnos
 que su corazon exhala,

y los mas puros afectos
 que les puede dar su alma.

—
 Para poder obsequiar
 mejor á la imágen sacra,
 de la cumbre con festejo
 entre cánticos y palmas
 la bajan, y la colocan
 del mismo monte en la fálda.
 Y vuelven á sus hogares,
 y á la siguiente mañana
 contemplar otra vez quieren
 el tesoro que guardaban:
 los corazones palpitan,
 y sus almas entusiastas
 anhelan solo el momento
 de volver á venerarla:
 y apenas la oscura noche
 daba paso á la alborada,
 y ya todos con presteza
 á la montaña marchaban.
 De una parte y otra llegan,
 se apiñan todos en masa,
 y cada cual de ellos quiere
 ser primero en adorarla.
 Mas.... ¡adonde la dejaron
 ya no está! ¿se fué? no la hallan;
 la buscan una vez y otra,
 y con angustia la llaman:
 y mucho, mucho la buscan
 y con muy visibles ansias.
 «¡Ya no está!» todos decian:
 y aparecia su cara
 velada por muy oscuras
 nubes de tristeza amarga.
 Pero.... ved aquí el pastor
 que la imágen encontrara;
 vedle, que corriendo llega:
 escuchadle, que ya habla.
 —«A la Virgen que buscáis,
 acabo yo de encontrarla:
 seguid todos; la vereis
 en su primera morada.»
 ¿Acaso visteis de un niño
 el llanto, las vivas ansias
 con que á su madre perdida
 entre suspiros la llama?
 ¿Pero visteis qué alegría,
 qué placer llena su alma,



si de un modo inesperado
vuelve despues á encontrarla?
Pues esa dicha del niño
es muy pequeña, no es nada,
si se compara á la dicha
de aquellas sencillas almas,
cuando el pastor les digera
tan deliciosas palabras.
Y todos del pastorcillo
tras los pasos se abalanzan;
corren á la cumbre, llegan,
encuentran la imágen santa,
y todos postrados caen
de la Vírgen á las plantas.

¡Yo te saludo, María,
Señora llena de gracias,
que con prodigios nos muestras
tu voluntad soberana!
Te trasladaste á la cumbre
desde el pié de la montaña,
pera velar cuidadosa
por nuestras almas cristianas.
Tu trono sentar quisiste
en la cúspide elevada,
para estender cual aurora
tu luz á mayor distancia.
¡Salve, Tutelar benigna!
¡Oh! ¡salve, Estrella preclara!

Y en la cima de aquel monte
un santo templo levantan;
y un edificio que albergue
en numerosas estancias
á los fieles que á María
para ensalzar, allí vayan.
Y desde entonces el pueblo
de su fiel amor en alas
acude siempre á la Vírgen
de aquella escelsa montaña.
De todas partes elevan
sus voces para alabarla:

el devoto marinero
que navega en lontananza,
su bello nombre bendice
si reposa el mar en calma;
y si encrespadas las olas
su débil nave amenazan,
és la Vírgen una fuente
de inagotable esperanza.
Su nombre invocan los fieles
en sus penas y desgracias,
seguros de hallar consuelo
para el alma atribulada;
pues jamás decir se pudo
que María abandonara
á ninguno que sincero
se prosternase á sus plantas.

Tú, oh pueblo, que aun conservas
íntegra tu fé cristiana,
acude ferviente allí;
allí corre sin tardanza:
que del Salvador la Vírgen
tus desdichas mas amargas
te sabrá dulcificar
si llegas con esperanza.
Corre á la Vírgen, que siempre
su mano tendió magnánima
á los fieles que imploraron
los tesoros de su gracia.
Y con pecho agradecido
á María siempre ensalza:
á María en quien tenemos
una madre que nos ama:
á Maria que en peligro
nos protege y nos ampara:
á María que en la vida
nos llena de gracias tantas:
que protegerá en la muerte,
y consolará nuestra alma;
llevándosela despues
consigo á la eterna patria.

JAIME SUBIRÁ Y NICOLAU.